

tormento eterno, porque cada instante no es mas que el principio de sus penas y en ningun tormento halla esperanza; sufre crueles castigos, padece una eternidad en cada instante, padece sin esperanza, y continuamente está empezando de nuevo su suplicio; esta es la suerte de esta alma desgraciada. No quiero detenerme mas en estas circunstancias; hay algunas verdades que basta el apuntarlas y que por sí mismas dan motivo á grandes reflexiones, y así deben dejarse á la consideracion de los que las oyen.

Finalmente, la última circunstancia de sus penas es el desórden de sus hermanos, que aun vivian y á los que el ejemplo de su vida descansada y sensual les habia parecido un modelo digno de seguirse, y por consiguiente les era motivo de ruina y de escándalo: *Padre Abraham*, exclama; *á lo menos enviad á Lázaro á la casa de mi Padre para que avise á los cinco hermanos que he dejado en ella, y no vengan ellos tambien á este lugar de tormentos, porque si no resucita alguno de los muertos, no los han de creer.* Padece por los pecados ajenos; todas las culpas en que aun caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque son efectos de sus escándalos y pide su conversion como alivio de sus penas.

¡Ah, católicos! ¡cuántas almas reprobadas habrá en el infierno con las que en otro tiempo habeis vivido y que son atormentadas por las culpas que aun estais vosotros cometiendo! Acaso aquella infeliz persona que fué la primera que corrompió vuestra inocencia, clama actualmente en el lugar de su suplicio y hace rabiosas instancias á su Juez para que se la permita venir á manifestaros aquel horrible espectáculo que en otro tiempo encendió en vuestra alma, todavía inocente, deseos impuros, de los que se ha seguido la libertad de vuestras costumbres. Acaso aquel impío que

os enseñó á dudar de la fe de vuestros padres y que inficionó vuestro espíritu y vuestro corazón con máximas de irreligion y libertinaje, levanta su voz en la morada del espanto y de la desesperacion, y desengañado, aunque tarde, pide que se le deje venir á él mismo á desengañaros y aliviar sus tormentos, corrigiendo vuestra incredulidad; acaso aquel escritor profano y lascivo, cuyas obras, venenó del pudor, están continuamente haciendo tan funestas impresiones en vuestra inocencia, está continuamente gritando entre las llamas, y solicita, aunque en vano, que algun compañero de su suplicio venga á informaros de las desgracias de su suerte; acaso el inventor de aquellos espectáculos pecaminosos á donde acudís con tanta aficion, conociendo que se aumenta el rigor de sus penas á proporcion de que los peligrosos é irreparables frutos de su arte introducen un nuevo veneno en vuestras almas, acaso hace subir sus lamentos hasta el seno de Abraham, suplicando el poder volver con su cadáver asqueroso y consumido por el fuego eterno, á presentarse en aquellos infames teatros que levantó él mismo con sus manos, y á corregir con el asombro de este nuevo espectáculo el peligro de los que le deben su nacimiento y á los que él debe su eterna desgracia.

¿Pero qué respuesta se da desde el seno de Abraham á todas las almas reprobadas? Allá teneis á Moisés y á los profetas, y además los preceptos de Jesucristo, y si no os enmendais con las verdades de las Escrituras, seria inútil el que resucitasen los muertos para convertirlos, y aun os dejaria incrédulos este espectáculo: *Habent Moisen, et prophetas; si Moisen prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit credent.* ¿Os parece que un milagro, que un muerto resucitado, que un ángel que viniese á hablaros de parte de Dios, os haria renunciar al mundo y mudar de



vida? Siempre estais diciendo esto; pero os engañais, católicos; aun hallaríais razones para dudar, vuestro corrompido corazón todavía hallaría pretextos para defenderse contra la evidencia de la verdad: los milagros de Jesucristo no corrigieron la hipocresía de los fariseos ni la incredulidad de los saduceos; con ellos se hacian mas inexcusables, pero no mas fieles: el mayor milagro de la religion es lo sublime de su doctrina, la santidad de su moral, la magnificencia y divinidad de nuestras Escrituras: si con esto no os moveis, no os ilustrais, no os mudais, todo lo demás sería inútil: *Habent Moisen, et prophetas; si Moisen, et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit credent.*

Leed, pues, los sagrados libros, católicos; empezad el día con esta eleccion y acabadle con ella, pues este es el único medio que hoy nos propone Jesucristo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. ¡Ah, católicos! si meditárais estos libros divinos, no tendríamos necesidad de haceros ver que una vida mundana y sensual, aunque esté exenta de los desórdenes, es una vida culpable y digna del infierno; no tendríamos precision de enseñaros que el reino de los cielos padece violencia; que el no negarse continuamente á sí mismo, el buscar su consuelo en este mundo, el no usar de él como si no se usase, y el vivir solamente para el cuerpo, es perder el alma y no ser discípulo de Jesucristo. Estas son las verdades mas sencillas y mas familiares del Evangelio y los primeros fundamentos de la doctrina de la salvacion.

Y á la verdad, en cualquiera estado de opulencia y de prosperidad en que háyais nacido, como nuestro rico réprobo, no son tan dilatados los días de nuestra peregrinacion que ó podais entregaros tranquilamente á los deleites ó asustaros con las penosas obligaciones que os aseguran me-

yor suerte. Nosotros no vivimos mas que un instante en la tierra, y á un volver de cabeza todo desaparece y volvemos á entrar en el abismo de la eternidad: ¿pues qué impresion pueden hacer en nuestros corazones unos deleites que se han de acabar mañana y que nada nos dejan de verdadero sino el pesar de haberlos gozado? Si en el espacio de una larga vida no hubiérais de gozar mas que un solo sueño agradable y todo lo restante de ella estuviera destinado á expiar con indecibles tormentos el deleite de aquel corto sueño, ¿os parece que sería digna de envidia vuestra suerte? Pues este es el destino, dice San Juan Crisóstomo, de los que vivís en las delicias y en el olvido de Dios; os parecis á un hombre que se sueña feliz, y que despues del contento de este pasajero engaño, despierta al ruido de una voz terrible, y ve con espanto que desaparece aquella fantasma de felicidad que divertia sus sentidos adormecidos; todo se aniquila á su vista, todo desaparece á sus ojos y se abre un abismo eterno, en donde las llamas vengadoras han de castigar por toda la eternidad el fugitivo error de un sueño agradable. Meditad estas santas verdades, católicos; aprended cuál es la esperanza y cuáles las obligaciones de vuestra vocacion, para que despreciando las cosas perecederas, nunca perdais de vista los bienes eternos. Amen.

